

José Corredor-Matheos: «Subirachs y la nueva imagen», *Presencia*, 25 de marzo de 1967, p. 4

La evolución de Subirachs ha podido seguirse hasta aquí con mucha facilidad. En primer lugar trabaja intensamente, lo que permite apreciar el paso de una etapa a otra a través de todos sus eslabones. Además, porqué expone con frecuencia, cosa ésta notable en el caso de un escultor, que suele enfrentarse ante mayores dificultades, tanto para la realización de sus obras como para dar a conocerlas al público. La exposición que se acaba de clausurar en la Sala Gaspar nos ha permitido contemplar una nueva fase del proceso iniciado entre 1959 y 1960. Por una parte, coincidiendo con la corriente general de la escultura, se acentúa el aumento de referencias objetivas. Ya sabemos que no se trata de un regreso a la anterior figuración; se busca la utilización de elementos sacados de la realidad y aun de imágenes representativas para la creación de una realidad distinta, la cual, en vez de representar a la ya existente, se enfrenta a ella para proponernos otra, nueva. La continuidad del arte se cumple así, a pesar de lo que ingenuamente puedan creer algunos. Porque esta proposición de una imagen distinta está precisamente en la raíz misma del arte de sus principios. Acaso lo que caracteriza el momento presente es la conversión en objeto de la obra de arte. Algo que, por otra parte, tampoco es radicalmente nuevo, ya que lo encontramos en todas las culturas primitivas. Esta reducción – por así llamarla- a la condición de objeto puede ser la otra cara de la necesidad que se percibe, en un plano general, de la creación de nuevos mitos que surjan del contexto sociocultural de nuestra época. Y cuando una de estas obras, siendo objeto, es también una obra de arte, puede aspirar también a ser vehículo de nuevos símbolos, encarnados en nuevas actitudes.

Posiblemente desde el principio, Subirachs planteaba, entre otros problemas, una visión introspectiva de los temas que se proponía. Por este camino, la escultura se abría hacia adentro. Se descubrían elementos emanados de ese interior, o mejor, descubiertos en él. El espacio creado por estos cuerpos era también interno. La comunicación se establecía a través de unas oberturas que nos permitían adivinar unas formas no del todo reales; más bien surreales, no objetivas. Pero hablar de no objetivismo refiriéndonos a las tres dimensiones puede prestarse a equívoco. Objetivas lo son, en el sentido de cosa materializada, porque no puede ser de otra manera. Pero se percibe la necesidad, el gusto, de que las cosas queden envueltas aún en el misterio. En un principio, Subirachs es un racionalista puro y sus razones son aquellas que el corazón no entiende. Pero es muy difícil, llegados a cierto punto, saber dónde está una cosa y dónde otra. Subirachs es, y de eso sí estoy seguro, un hombre que posee un método, lo que hoy en arte, como en todo, es absolutamente fundamental. Es de una exigencia cruel, posiblemente hasta sádica. Tortura la materia porque la considera una necesidad, pero pone en esto una fruición sensual. La atención con que examina y trata cada punto, cada incisión, cada

milímetro de la superficie, llega a ser obsesiva. Este realismo exacerbado nace de una gran tensión y lleva como consecuencia a otra. Cada cosa, cada pormenor se carga de una significación mágica. Se barajan elementos distintos: los mismos materiales, que se personifican; la huella de cosas que han quedado grabadas; objetos olvidados que regresan, como el llamador viejo de una puerta, un gozne; otros que aparecen insólitamente, como piezas de ajedrez y fantasmales imágenes femeninas de rostros hieráticos, mascarillas en que el juego de la luz y de la sombra cumple el papel de hacerlas aparecer y desaparecer ante nuestra vista. Alguno de estos rostros, alguna de estas formas, como esa especie de peón de ajedrez, que ha surgido del girar del rostro sobre si mismo, se repiten sistemáticamente en una misma obra. Sabemos que el arte contemporáneo ha roto con la simetría clásica. Un ahondamiento en este problema conduce a Subirachs a la reintroducción de la simetría. No sabría decir a ciencia cierta si en general –ocurre también en el serialismo y las estructuras de repetición- se procede a la reintroducción de la simetría en el arte. A mi juicio la contradicción entre simetría y asimetría en el campo artístico no desaparecerá nunca, en tanto el arte exista, ya que constituyen uno de los factores de bipolaridad de la creación artística. En el caso de Subirachs, se busca la conciliación, la síntesis. Una mitad es contrapuesta a la otra y la completa, Subirachs, acaso sin saberlo –aunque lo dudo, ya que es artista muy consciente- plantea contradicciones desde casi todos los puntos de vista, y trata de conciliarlas. Un estudio de esta temática podría contribuir a aumentar aún nuestra confianza en su obra. Dos espejos se enfrentan, repitiendo las imágenes hasta lo infinito; superficies lisas, bruñidas, junto a superficies rugosas, abiertas; hasta la contraposición de la imagen del propio espectador en un cristal: una imagen asimétrica, que al espectador le ofrece además la suya invertida. Líneas y planos rectos y curvos, en el dialogo de ascesis racional y de sensualidad. Parece como si toda la obra de Subirachs tuviera como objeto dar juntos el positivo y el negativo de las cosas. Esta es otra de las características del presente, y no sólo en arte: la ambigüedad, nacida de la indecisión, originada a su vez en la exacerbación de la conciencia: la conciencia, contemplándose a si misma, como en los espejos enfrentados. Y para aludir más visiblemente a la parcialidad de nuestro conocimiento y a nuestra ambición la mitad del desnudo femenino que queda completado con la imagen simétrica del espejo que tiene al lado. La valoración de los materiales y la precisión preciosista, el juego de las formas nos hacen hoy correr el peligro de caer en el formalismo, de que se pierda esta contradicción profunda que el artista bebe hoy en la misma realidad. Siempre existe un riesgo.

La exposición a que nos referimos da idea de la solidez y coherencia de la obra de Subirachs. Desde cualquier ángulo que lo contemplemos lo vemos incidir en los hechos y las cosas del mundo exterior. Nos da una imagen cerrada exteriormente, pero se nos invita a entrar. Nos ofrece una nueva imagen del hombre, que es también la consecuencia de una nueva realidad histórica.